

LA FRONTERA COMO LÍMITE PROTECTOR DE DIFERENCIAS Y COMO ESPACIO DE ENCUENTRO Y TRANSGRESIÓN

Fernando Ainsa

¿Qué es una frontera? ¿Tiene sentido seguir hablando hoy de fronteras en el centro de una mundialización que pregona su abolición? ¿Lo tiene en el Uruguay, cada vez más integrado con sus vecinos, Argentina y Brasil? Estas interrogantes, en un mundo que pregona la abolición de fronteras y donde existen circuitos de creciente intercambio, parecen dar razón a quienes consideran que hablar de fronteras es anacrónico. En el caso del Uruguay, inmerso en el proceso de regionalización que el MERCOSUR impulsa, con más razón.

Sin embargo, la realidad cultural se resiste a esta simplificación y desmiente día a día el esquema de “un mundo sin fronteras”. La frontera sigue siendo la mejor garantía para la protección de la especificidad nacional, aunque su significado sea diferente del que tuvo en el siglo XIX y durante buena parte del siglo XX. Para entender la dimensión actual de una noción que explica buena parte de la historia y de las diferencias culturales que la literatura, entre otras expresiones culturales, subraya, vale la pena aventurar algunas ideas alrededor del tema. En este ensayo lo intentaremos a partir de la proyección antinómica de la noción misma: frontera como límite protector de diferencias y frontera como espacio de encuentro y transgresión.

Una frontera como una “herida mal curada”

En una encuesta realizada hará unos años en la ciudad de Laredo en la frontera entre Texas y México⁽¹⁾, a la pregunta de “¿qué significa para usted la frontera?”, un 21% de los entrevistados afirmó que la frontera aparta y divide, un 40% sostuvo que une y acerca lo que por naturaleza es diferente y el resto aventuró que toda frontera es “algo específico”, ya que funda en una franja territorial una zona distinta de los espacios situados de uno y otro lado de su borde. Más allá de los porcentajes

(1) “La frontera entre México y Estados Unidos: el caso de Laredo, Texas”. Estudio sociocultural basado en una encuesta efectuada en la ciudad de Laredo entre el 1 de julio y el 31 de agosto de 1990 por Annick Treguer y Jean Pierre Dessenoix (Seminario del Centre des Recherches Interuniversitaire sur les Champs Culturels en l’Amérique Latine, CRICCAL; Université de la Sorbonne Nouvelle, Paris III)

aleatorios de la encuesta y el interés casi paradigmático de la frontera que separa México de los Estados Unidos, esa frontera por excelencia del continente americano, la frontera que Carlos Fuentes llama “cicatriz de una herida mal curada”, herida que “amenaza con abrirse y sangrar de nuevo”, lo que interesa destacar al principio de este ensayo teórico sobre el tema de la frontera es la diferente percepción que provoca su indiscutible valor representativo y simbólico y las antinomias que genera.

Porque si una frontera resalta y protege las diferencias existentes de uno y otro lado de la línea que la marca, también las pone de relieve, cuando no crea otras diferencias, tal es la proyección cultural de todo límite político, más allá del natural geográfico. Al mismo tiempo que separa y divide, toda frontera, atrae e incita al contacto entre quienes están de uno y otro lado de su línea divisoria, aunque sea con tensiones o confrontaciones. La frontera difícilmente puede dejar de ser la “membrana” a través de la cual respiran los espacios interiores que protege, “respiración” que asegura las influencias e intercambios inherentes a su propia supervivencia, por muy autárquica y cerrada que se pretenda. Porque, si bien protege y propicia contactos, la frontera funda nuevos espacios en sus propios límites. Allí se amortiguan las diferencias más flagrantes y surgen nuevas realidades lingüísticas, sociales, étnicas y culturales: las de las llamadas “zonas fronterizas”.

Estas variantes de la noción de frontera están reflejadas en el título de este ensayo, construido alrededor de una antinomia y una interrogante. Espero que su planteo pueda contribuir a un debate inaugurado desde que las fronteras existen y que el marco teórico en que está concebido pueda aplicarse a un país como el Uruguay.

Para ser lo más claro posible, dividiré las páginas que siguen en dos partes. En la primera trataré de explicar la dialéctica de la más notoria de las antinomias del signo fronterizo: es decir, cómo la frontera protege las diferencias del territorio que enmarca y, al mismo tiempo, genera nuevas diferencias que no existirían sin ella.

En la segunda, desarrollaré tres ideas que son fundamentales en la noción de frontera:

- el límite fronterizo como expresión del poder que lo instaura y mantiene;
- la zona fronteriza como espacio diferente;
- la significación del pasaje fronterizo y la transgresión del límite.

Estas ideas nos permitirán, finalmente, comprender el papel de la literatura en la protección y ensalzamiento de las diferencias (lo que se llaman “señas de identidad”) y en la transgresión de los límites estable-

cidos, función antinómica que funda y explica en buena parte la dinámica de la literatura latinoamericana, en la que la uruguayaya se inscribe.

La frontera protectora y generadora de diferencias

La frontera sirve para proteger los espacios donde operan y se desarrollan energías culturales propias. Si bien “la frontera contiene en el ámbito que ella perfila, las esencias peculiares que constituyen lo diferencial de su personalidad, los legítimos objetos de su amor propio”⁽²⁾, desde nuestro punto de vista –en tanto que zona de tensión que define lo que está en su interior– la frontera supone también una situación límite.

La frontera contribuye a definir esa noción de “modo de vivir” que conlleva la idea dominante de “peculiaridad” en un medio dado, lo que suele reivindicarse como identidad. La necesidad, por no decir inevitabilidad de las fronteras, se evidencia en esta legitimación y protección de lo diferente que enmarca en sus límites.

Esta función es generalmente defensiva, de preservación de tradiciones y valores propios, de autoafirmación frente a los demás. En estos casos, la frontera delimita un lugar, un tiempo en la historia, es la “piel” de un cuerpo social, el contorno de una *imago* en el interior de cuya línea sitúa el espacio del “adentro” al que brinda seguridad y a cuyo exterior –el espacio del “afuera”– relega al “otro”, lo que es desconocido o diferente, extraño y hasta peligroso, el territorio “enemigo” del que se protege erigiendo barreras. Basta pensar en la función defensiva y protectora que cumple la frontera para garantizar la soberanía de pequeños países que limitan con grandes potencias, como es el caso del Uruguay entre la Argentina y el Brasil. Gracias al valor simbólico de esta línea protectora se atenúan presiones, se evitan asimilaciones forzadas, persecuciones y estragos o simplemente se reivindica una identidad con la fuerza que da la palabra escrita. Sin embargo, al mismo tiempo que protege diferencias, la frontera genera e inaugura divisiones entre espacios contiguos que no siempre serían diferentes por su naturaleza, tanto geográfica como social o cultural. El límite que fija la frontera puede ser en sí mismo una forma de fundar diferencias donde no existían con anterioridad. Toda creación se inaugura por una repartición instauradora de límites espaciales, es “fundadora de la diferencia” y –como recuerda Claude Raffestin– explica el mito del origen de la

(2) Jorge Mañach en *Teoría de la frontera* (Editorial Universitaria, Puerto Rico, 1970) afirma que la función de la frontera no es solo de defensa, sino también de preservación de las tradiciones y valores propios (pag.55).

humanidad en todas las cosmogonías. Basta pensar en las “particiones” de la creación del mundo y las fronteras que se establecen en el mismo Paraíso del *Génesis*.⁽³⁾

La diferencia induce a la creación de límites en un proceso dialéctico donde la línea divisoria no es siempre arbitraria, sino el resultado de una relación entre los espacios de uno y otro lado. Si hay fronteras naturales –cadenas montañosas, ríos– otras se definen por “marcas” en muros, alambrados, construcciones o simples trazados geométricos en los mapas con que se representan. Si la cordillera de los Andes separa “naturalmente” Chile de la Argentina, pese a las similitudes entre las zonas culturales fronterizas en ambas vertientes, en otros casos no queda ni el subterfugio geográfico para justificar la frontera política. Tal es el caso de la ambigua división política en los “llanos” entre Colombia y Venezuela.

El límite, en tanto que línea trazada en forma simbólica o real, instaura un orden que no es únicamente de naturaleza espacial –la frontera que separa el “aquí” del allá, lo que encierra en su perímetro y lo que excluye– sino algo mucho más complejo, ya que las fronteras geográficas y políticas conforman en buena parte las fronteras psicológicas de sus habitantes. Creencias, prejuicios, estereotipos, tópicos, imágenes y símbolos, variantes lingüísticas, prosperan al socaire de fronteras que, aun tildadas de artificiales, legitiman diversas expresiones de nacionalismo o patriotismo.

En efecto, los límites naturales –un río, un lago, una cordillera– no diferencian tanto las naciones entre sí como las divisiones políticas o económicas que se establecen a partir de la demarcación que ese accidente geográfico permite. Lo diverso es generador de fronteras en la misma medida en que la frontera es creadora de diversidad: regiones que se proclaman Estados soberanos; espacios comunes que estallan en ambiciones locales. Tal es el caso, por ejemplo, del área de la antigua civilización maya, geográfica y culturalmente única en el pasado y hoy atravesada por las fronteras de tres países: México, Honduras y Guatemala. Paradójicamente, el que fuera un espacio común en el apogeo histórico de la cultura maya, está hoy parcialmente incomunicado entre sí. Lo mismo sucede con el área cultural aymará repartida entre el norte

(3) Claude Raffestin, “Éléments pour une théorie de la frontière”, *Diogenes* No 134, Abril-Junio 1986 (Conseil International de la Philosophie et des Sciences Humaines; UNESCO, París); pag.4.

de Chile, el oeste de Bolivia y el sur del Perú. En otros casos, a la división territorial se suma la lingüística, resultado de la dominación colonial diversa, como sucede en el área cultural de las Guayanas, fragmentada entre el francés, el inglés, el holandés y el español. El ejemplo se repite entre Belice y la parte oriental de Guatemala.

Es bueno recordar, en este contexto, que buena parte del origen de la independencia de los estados latinoamericanos a lo largo del siglo XIX proviene de la fragmentación de un territorio que pudo ser una “patria común” en el sueño utópico de la unidad continental a la que aspiraba y por la cual luchó Simón Bolívar. Los cinco países centroamericanos y, posteriormente, Panamá, como lo fueron en América del Sur, Ecuador y Bolivia, se independizaron por razones que podrían parecer históricamente secundarias, muchas veces en nombre de la ambición de un caudillo o de un interés imperial espurio como fuera el caso de Panamá, hoy un estado legitimado que reivindica con orgullo su propia identidad frente a la Colombia de la que fuera provincia. Las fronteras brotan como heridas de conflictos y rivalidades personales o nacionales y se transforman con el tiempo en las cicatrices metafóricas del momento histórico que las generaron. La geografía depende muchas veces de la historia o, simplemente, no puede ignorarla. Ello resulta claro cuando entre países sin fracturas geográficas (montañas, ríos u obstáculos “naturales”), étnicas, culturales o lingüísticas, las fronteras se cierran por razones políticas o religiosas. En estos casos, la frontera se asegura con el aislamiento y el encierro. Su modelo es la “Gran Muralla” de China que rodeaba un imperio al que protegía en la medida en que lo encerraba en sus confines; su símbolo es la noción de “bárbaro” con que los griegos definían lo que estaba fuera de los límites de su lengua y de su cultura.

En estos casos, el pensamiento o el libre curso de la imaginación que desbordan con facilidad los límites establecidos, están constreñidos por las reglas, ritos, creencias, arquetipos, tópicos y hasta lugares comunes con que se justifica ideológicamente la existencia de fronteras. Porque es evidente que la frontera puede consagrar en forma maniquea divisiones y asegurar la Fe, el dogma y las creencias que encierra y controla en su perímetro, desterrando interrogantes y dudas, condenando influencias y fecundaciones mutuas. Son las fronteras de naciones y patrias, las fronteras de religión, partido, sexo o clase social, las barreras que se levantan para proteger lo sagrado, la verdad y el absoluto de herejías, heterodoxias y disidencias. Son las barreras consagradas por el miedo a todo lo que se ignora del “otro”.

La frontera se proclama, también, como garantía del derecho de propiedad —“esto es mío, esto es tuyo”— un derecho que se marca en forma abrupta por puertas, barreras, cerraduras y carteles que ordenan “Prohibido pasar”. La frontera fija los límites de hasta dónde se puede llegar, lo “tolerado” y “admitido”, los niveles estamentarios de la diferencia en que se funda toda dominación y dependencia, por donde pasan también —bueno es recordarlo— las desigualdades que fundan las diferencias y las injusticias de las cuales América Latina ofrece tantos tristes ejemplos. Fronteras económicas y de subdesarrollo, fronteras sociales y psicológicas, lingüísticas, étnicas y culturales, entre mayorías dominantes y minorías sin posibilidad de expresarse, proliferan en un continente marcado por su diversidad y por las desigualdades que las agudizan hasta el límite de lo insoportable.

Fronteras de naturaleza diversa se han multiplicado así en el mundo, variando según las épocas y las circunstancias históricas, reproduciéndose en todas las escalas: en el seno de cada país, ciudad, barrio, grupos sociales y de trabajo e incluso entre familias. Sin llegar a referirse a las “fronteras interiores”, las fronteras mentales con que cada individuo parcela su intimidad, a veces entre zonas ambiguas o conflictivas de la personalidad, hay que admitir que la frontera es el único modo de delimitar la forma de un cuerpo y una existencia o de poner límites a la propia conciencia.

Cada lugar es la frontera de otro lugar, cada ser humano es la frontera del “otro”, la que permite, justamente, ser uno mismo frente a los demás, límites gracias a los cuales se puede decir “yo soy yo, tú eres tú”. En tanto que membrana protectora, la frontera demarca lo que es “uno” y la “otredad” del resto del mundo. La verdad es que es difícil imaginar un mundo sin fronteras desde el momento en que toda actividad humana tiene límites fijados por condicionantes y criterios variables, ya que frontera es separación y separar quiere decir delimitar y hacer independientes elementos contiguos.

No es de extrañar, entonces, que el cruce de una frontera esté reglamentado y su violación se penalice. Ese mismo ritual codificado por la autoridad es el que otorga el derecho de paso de un lado al otro del límite, función controlada por los mecanismos que lo legitiman: aduanas, pasaportes, visas, puestos fronterizos donde se enarbolan banderas y signos emblemáticos de uno y otro territorio.

Este reverso de la medalla es importante para entender la ambigüedad del signo fronterizo: por un lado, esa necesidad de fijar límites para proteger diferencias, idiosincrasias, identidades culturales amenazadas y, por el otro, el riesgo de que la frontera aisle y corte todo contacto

fecundo con el exterior para transformarse en generadora de falsas diferencias y, lo más grave, en la celosa “guardiana de ignorancias”.

De ahí que la naturaleza de la frontera sea dual y ambivalente y su vigencia se justifique alrededor de sus propias contradicciones para enmarcarse en dicotomías más amplias y universales, cuyos aspectos positivos se confunden siempre con los negativos. Para mejor comprender estas antinomias –y tal como lo adelantamos al principio– desarrollaremos tres ideas complementarias del signo de la frontera: el límite como expresión del poder que lo instaura y mantiene; la zona fronteriza como espacio diferenciado y el pasaje de la frontera como contacto o transgresión.

La frontera como expresión de poder

La frontera es el resultado de una voluntad que se esfuerza por legitimar cultural o políticamente su existencia. En su origen hay siempre una autoridad, un poder que ejerce la función social del ritual y de significación del límite que instaura y controla: lo que es territorio propio y lo que es “extranjero”. El origen de todo límite es, por lo tanto, intencional y es la expresión de un poder en acción. El límite fronterizo establece el “hasta dónde” llega la autoridad que lo define y controla. De ahí la voluntad expansionista de unos, las tensiones y reivindicaciones fronterizas de otros, las “anexiones” y conquistas que modifican el trazado de las fronteras a través de la historia, las influencias que los confunden, cruzan y transgreden. Toda línea fronteriza se concibe, entonces, a partir del centro que proyecta su propia periferia. El espacio interior cuyo perímetro es la frontera puede ser tanto un “campo de libertad” como de opresión y violencia y en él se legisla la estructuración del territorio que controla y donde se manifiesta el poder de un designio social, político o ideológico. Toda ideología nacional se funda en un territorio delimitado y realzado por sus fronteras, donde usufructúa la autonomía que le da su poder efectivo. Límite de alcance “energético” en tanto fija un campo de actividad que defiende celosamente, la frontera física es una situación límite, donde se agudizan las circunstancias, los intereses y los problemas que son comunes a su *hinterland*; es decir, a toda la “persona histórica a la cual le sirve como de rostro o frente”, ya que una frontera geográfica no es sino “un frente de avance que se ha estabilizado”⁽⁴⁾. Llega hasta donde su poder se lo permite; hasta donde empieza el “frente” del “vecino”.

(4) Jorge Mañach, o. c.; pags. 32 y 52.

Hay, pues, una gestión interna y propia del espacio al que se refiere la frontera, división territorial en la que se expresa un poder. La frontera es un instrumento que pone en funcionamiento un verdadero “sistema sémico”, cuyo lenguaje de representaciones simbólicas es tan sutil como variado. La división entre Estados crea en el seno de la propia organización que administra los distingos que hacen más explícitas las fronteras, por ejemplo las banderas, escudos, barreras y señales varias, uniformes militares o aduaneros. El énfasis nacionalista “tiñe” de colores locales la visión de las personas desde su infancia, fijando en el subconsciente fronteras políticas determinadas y consagrando diferencias existentes. El carácter lineal de la frontera contemporánea se legitima en la demarcación, lo que Raffestin llama “la fijación de la frontera”⁽⁵⁾ y en su representación en mapas e imágenes con que se “funcionalizan” sus trazados precisos. El mapa abstrae y al mismo tiempo subraya la noción de frontera con los colores diferentes con que ilustra cada territorio, “coloración” que se prolonga en la visión desde un territorio determinado y que, por lo tanto, varía según el punto de vista asumido: el lado de la frontera en que está situado. La frontera, una vez instaurada, cumple una función que necesita justificarse. Por ello pone énfasis en la diferencia que enmarca en sus límites. Si la frontera no establece esas diferencias, tiende a borrarse, a ir desapareciendo, por lo que necesita de una mínima “superficie de fricción”, donde la situación fronteriza establece una contigüidad que puede ser tanto de contacto privilegiado como de riesgo y enfrentamiento, de apertura y permeabilidad o de hostil aislamiento, pero en todos los casos necesita ser subrayada y recordada en permanencia.

Una expresión extrema de la noción de frontera puede ser ideológica: la Nicaragua sandinista al proteger sus fronteras por las armas; la isla de Cuba, aislada y con sus fronteras bloqueadas, al aguzar controles y al proteger el espacio interior de agresiones externas. En estos casos, la frontera necesita de un aparato propagandístico y militar para legitimar y mantener la existencia de un límite que no es solo geográfico, sino también temporal, histórico: la diferenciación entre el “antes” y “después” de un proceso que le es propio y que reivindica y protege con orgullo. La vocación de estas fronteras ideológicas es doble: por una parte proteger su espacio interior y, por el otro, transgredir el límite que las aísla para exportar las ideas del propio sistema que sustenta. Estas fronteras instauran dos mundos al oponerlos, los regulan por la tensión, los diferencian y, aunque parezca paradójico, los vincula a través de la confrontación.

(5) Artículo citado, pag. 10

La frontera obedece, además, a realidades antropogeográficas (criterios culturales, étnicos, religiosos o lingüísticos) que se afirman en las identidades nacionales en que cristalizan cuando se proclaman Estados soberanos. Los sentimientos difusos de pueblos y comunidades encuentran una mejor expresión en la simplificación que puede dar una nación de límites reconocidos. En otros casos, la frontera brinda garantías de supervivencia. Tal es el caso del Río de la Plata y el esfuerzo por diferenciarse que ponen los uruguayos desde su orilla, tratando de subsanar una relación no simétrica y desproporcionada frente a la Argentina y su potencial absorbente. De allí el énfasis que se pone en marcar las diferencias, lo que distingue. En forma más evidente, México protege su frontera Norte gracias al énfasis nacionalista de su política cultural que proyecta incluso en los estados anexados por los Estados Unidos en el siglo XIX y hoy penetrados por la ósmosis étnico-cultural de la inmigración desde el sur y de las raíces que reivindican los propios habitantes de los estados de Texas, Nuevo México, Arizona y buena parte de California.

La línea fronteriza puede ser también arbitraria. Tal es el caso de muchas fronteras políticas entre Estados donde se han separado áreas etnoculturales de origen unívoco, sobre cuyos valores identitarios se superponen los de las naciones enfrentada de un lado y otro, énfasis patriótico no siempre justificado por la realidad humana que divide artificialmente. En el triángulo de la zona de Arica, Tacna y la frontera boliviana, la nación Aymará, cuya identidad cultural nadie discute, se ha fraccionado en los territorios de tres países –Chile, Perú y Bolivia– enfrentados desde mediados del siglo XIX.

La zona fronteriza como espacio diferenciado

La frontera, si bien se representa como una línea, es, en realidad, una “zona” que sufre las influencias de los espacios que divide. Su carácter “relacional” es evidente. La frontera más cerrada y controlada no puede evitar las relaciones de vecindad que instaura entre los lados que separa. Las comparaciones son inevitables y los contactos se suceden tanto en el intercambio como en la diferencia, ya que: “Toda situación fronteriza implica relaciones de contigüidad física y de oposición o cuando menos de diferencia entre dos complejos de intereses”⁽⁶⁾.

En la franja fronteriza operan las fuerzas centrífugas que animan la vocación expansiva del espacio que la impulsa hacia la periferia (espíritu

(6) *Ibidem*; pag 26.

de frontera, la *frontier* del idioma inglés, la tensión cultural) o las fuerzas centrípetas que la refieren al centro que las gobierna y desde donde se la controla y se consagra el derecho positivo que la legitima. En ella puede darse en forma más explícita la pugna entre la tradición reivindicada y codificada por el centro y la innovación que penetra y erosiona desde la periferia fronteriza, dialéctica del movimiento centrípeto y centrífugo que consideramos fundamental para explicar la identidad cultural de América Latina ⁽⁷⁾.

Las capitales de los estados que son fronterizos operan como centro de las propias realidades nacionales, aunque estén situados en su periferia geográfica, generalmente sobre la costa, como sucede con Buenos Aires en la Argentina, Lima en Perú y Montevideo en Uruguay, contradicción estructural que pretendió corregir el Brasil levantando la capital de Brasilia a partir de una voluntad política de “recentramiento” en un centro geométrico del territorio nacional.

La zona fronteriza es, en todo caso, el “límite extremo” respecto a un centro; es la anticipación de otra realidad, por lo que en sus componentes culturales existen siempre indicios de lo que está más allá del límite que la separa de los otros, por muy cerrada que se pretenda y por muy estrictos que sean los controles para mantener la integridad de lo que protege en su perímetro. Sus habitantes tienen siempre el sentimiento de haber nacido en el “borde” de la diferencia, lejos de la cultura hegemónica del centro al que están referidos, ante algo que los sitúa ante otro espacio, donde se puede ser testigo de contactos, *voyeur* del otro, de lo que está más allá de lo que se conoce. En ese confín se puede ser “extranjero” por el simple hecho de cruzar un límite que es más próximo que la lejana capital. Tal es el caso de la frontera del Uruguay con Brasil, en el departamento de Rivera y su capital emblemática, cuya línea divisoria pasa por la avenida central.

En estos casos, la frontera se confunde con el confín, el punto más lejano en relación a un centro. Esta visión ha permitido la *boutade* de Alberto Zum Felde: “Nosotros los habitantes del Río de la Plata, vivimos en el confín del mundo”. Sin embargo, lo normal es que el perímetro fronterizo represente la zona de más aguda sensibilidad de cada pueblo, “algo así como la piel de su cuerpo colectivo” ⁽⁸⁾.

Conquistadora o defensiva, abierta o protectora, la dialéctica de las fuerzas centrífugas o centrípetas que operan en la frontera revela la

(7) Hemos desarrollado ampliamente el tema en *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa* (Madrid, Gredos, 1986).

(8) Mañach, o.c. pag. 41

dinámica de las sociedades referidas a su periferia o a su centro, según los casos o los momentos históricos. Basta pensar en la dinámica fronteriza de países como Estados Unidos y Brasil, “espíritu de frontera” expansivo, alimentado por asentamientos humanos sucesivos en el confín al que han accedido progresivamente. En estos casos, puede hablarse de una “membrana periférica” que se expande en la medida en que su vocación centrífuga se afianza, presencia imperial, cuando no imperialista, en algunos casos, simplemente “pionera” en otros.

Sin embargo, la frontera geográfica desde finales del siglo XIX tiende a concretarse en la línea precisa que han demarcado y legitimado tratados o convenciones. Algunos puntos litigiosos que sobreviven no dejan de ser excepcionales, aunque puedan tener valor emblemático o de reivindicación periódicamente utilizada por razones políticas circunstanciales, como los conflictos peruano-ecuatoriano, o chileno-argentino.

Pasaje fronterizo y transgresión del límite

Decía Marguerite Yourcenar que el emperador Adriano amaba las fronteras –los “limes” o límites del imperio romano– porque le conferían libertad. Le proporcionaban también extrañeza y le propiciaban quimérica fertilidad intercultural. La frontera, podríamos añadir nosotros, ofrece novedad, impulsa hacia lo desconocido. La frontera invita a pasar del otro lado, a su transgresión, a borrar los límites que se sospechan creados artificialmente. Parece paradójico y en parte lo es sostener que las fronteras están hechas para ser cruzadas. La meta es cruzarla, atravesarla, trasponer la línea fronteriza, aunque esté ligada a otra lengua, raza, ideología o religión. Por eso, la frontera genera expresiones culturales y relaciones de intercambio basadas en la disponibilidad recíproca de los espacios que separa, porque la noción de frontera contiene en sí misma sus límites y sus errancias: permite soñar con la diversidad cultural, con la liberación de los encierros mal tolerados. En este caso no es inútil preguntarse: ¿Cuál es, en definitiva, la vocación esencial de la frontera: ser división o pasaje?

Metafóricamente, la frontera combina la noción de división con la de pasaje. Las fronteras entre individuos se atenúan y permiten contactos, cruzamientos, transgresiones inevitables para mejor comprender al “otro”, instauran la forzada convivencia y la tolerancia. De un modo optimista puede llegar a afirmarse que la frontera no es punto divisorio, sino lugar de encuentro.

Por otra parte, si la frontera es la piel que envuelve un cuerpo social, traza el límite del mundo peculiar que protege, es una piel que respira y que posee la facultad sensitiva de comunicarse con el mundo, porque toda piel delimita la extensión de un sujeto y ayuda a percibir el mundo desde el exterior. La frontera como membrana permeable permite la ósmosis de campos culturales diversos. De ahí, entre otros signos, la ambivalencia que rodea el signo fronterizo: esa piel permeable, verdadera metáfora sensible del cuerpo social y cultural que protege, no puede prescindir de su carácter orgánico y, por lo tanto, variable y sometido a influencias.

Se puede apostar, entonces, a que no es posible eliminar las fronteras, sino que hay que confrontarse con ellas, como tampoco se puede optar por mantenerlas completamente cerradas. En definitiva, hay que plantearse la necesidad de aprender a vivir a “través” de las fronteras, en la porosidad y en la ósmosis del cuerpo social e individual que respira, en la intimidad protegida de una identidad y en el intercambio que da elasticidad a todo límite.

De ahí –por fin– la importancia del arte y la literatura como espejos en que se reflejan estas contradicciones, asegurando al mismo tiempo contactos, pasajes y transgresiones.

Literatura y frontera

Hablar de literatura y frontera en América Latina significa reproducir a escala de la creación el esquema antinómico trazado hasta ahora: por un lado, una voluntad de repliegue y arraigo, la fundación de “microcosmos” cuyas fronteras se protegen de influencias externas, ese movimiento centrípeto de una narrativa en que se reconoce lo mejor del interior secreto del continente, esos pueblos emblemáticos de Macondo (García Márquez) y Rumí (Ciro Alegría), Comala (Juan Rulfo) y Santa María (Juan Carlos Onetti), los “sertaos” y las “veredas” del Brasil en la obra de Joao Guimaraes Rosa, los “viajes iniciáticos” remontando el Orinoco de Alejo Carpentier.

Por otro lado, la literatura se abre a influencias, al “cosmopolitismo”, al internacionalismo de un movimiento centrífugo cuyo juego de espejos pasa por Europa y Estados Unidos para mejor explicar América Latina. Viajes iniciáticos de otro signo y hacia otros polos –París, Roma, Madrid o Nueva York– proclaman la abolición de las fronteras en nombre de una condición humana universal que no niega sus raíces, sino que las busca en el reflejo de otros espejos. El viaje “de ida y vuelta” de Oliveira en *Rayuela* de Julio Cortázar es el mejor ejemplo de una larga tradición literaria latinoamericana de viajes a Europa cargados de significación cultural y en que la abolición de fronteras es la premisa inicial para

definir una identidad originaria. Claro que, más allá de su temática, la literatura es por su propia naturaleza una actividad de frontera, aunque muchas veces no haga sino “homologar” en metáforas y ficciones los conflictos, los sentimientos y las divisiones emergentes de una situación fronteriza. En tanto que metaestructura, la creación literaria se conecta con otras estructuras y, a través del establecimiento de diferencias, supera las fronteras en nombre de la unidad de la condición humana que ponen de manifiesto esas mismas diferencias. La literatura parece no tener fronteras, aunque sea representativa de un pueblo o nación, ya que las obras de creación no pertenecen a un país, sino a la humanidad.

La literatura invita, por otra parte, a la transgresión; su misión es cruzar los puentes que tiende sobre las diferencias, asegurar que las señales de la creación crucen las barreras levantadas por los seres humanos, eliminando prejuicios y abriéndose genuinamente al otro. Confrontada en permanencia con la diferencia, con las asimetrías, con la discontinuidad, con fronteras de todo tipo, una buena obra literaria contribuye a hacer elásticos los límites existentes. Tal ha sido el caso de la literatura disidente esforzándose por demoler fronteras, como ha sucedido en Europa con la obra de Kundera y de Miłosz, en México en la obra de los escritores que recuerdan una identidad cultural común vigente en buena parte en Texas, Arizona y Nuevo México.

Es más, puede llegar a sostenerse que una obra de creación, en la medida en que es innovadora, se sitúa estéticamente en una “zona fronteriza”. La creación está en los márgenes –o en la “marginalidad”– de los límites trazados por el orden reinante: roza o proclama la herejía, cruza el borde, asegura el contrabando de ideas y tendencias, es el equilibrista condenado a hacer piruetas en la línea divisoria, es el ariete que penetra clandestinamente el territorio extranjero, la tierra prohibida. Toda ruptura de fronteras se traduce en búsquedas formales, en incursiones temáticas, en transgresión fecunda de códigos. Este pasaje, esta tensión es imprescindible a toda creación que se pretenda viva⁽⁹⁾.

Sin embargo, aun propiciando pasajes y puentes, hay riesgos que amenazan a la literatura “sin fronteras” y al realismo “sin orillas” precisas: la desconstrucción sin “simpatías” y afinidades naturales que subyace en la “crisis de la crítica” de la actualidad, el pregonado fin de la utopía, la pérdida de la “patria interior” de que hablaba Fernando

(9) Son interesantes en este sentido los testimonios de escritores reunidos en las actas del 50º Congreso Mundial del PEN Club Internacional sobre el tema *Scrittori e letteratura di frontiera* (Lugano, 10- 17 mayo 1987); Fondazione Arnoldo e Alberto Mondadori, Italia, 1987.

Pessoa, la capacidad de ser atravesado por los mensajes cruzados de la “aldea planetaria” que fragmentan y alienan al individuo.

Porque también hay una literatura que depende del tiempo y espacio en que vive su autor, del lenguaje propio que utiliza y en el que imprime su marca personal dependiente de la vasta trama histórico-geográfica que lo rodea y en la que, como la araña sobre la tela que ha tejido pacientemente, se balancea, aun pensando que lo hace sobre el vacío. En Uruguay, Enrique Amorim, Eliseo Salvador Porta y José Monegal han escenificado, respectivamente, sus ficciones en los departamentos fronterizos de Salto, Artigas y Cerro Largo, incorporando la fluidez dialectal de la expresión oral a una prosa vigorosa y emblemática. Por su parte, con explícita vocación fundacional, Alfredo Gravina en *Fronteras al viento* y, sobre todo, Saúl Ibagoyen Islas en tres volúmenes de relatos *Fronteras de Joaquim Coluna* (1975), *Quién manda aquí* (1986) y *Los dientes del sol* (1987) y en el ciclo de novelas integrado por *La sangre interminable* (1982), *Noche de espadas* (1987), *Soñar la muerte* (1994), completado recientemente con *Toda la tierra* (2000), ha proclamado un “territorio independiente” en las letras uruguayas en la zona fronteriza del norte. A partir de la ciudad de Rivamento, en la que ha refundido el nombre de las capitales de Rivera (Uruguay) y Santa Ana do Livramento (Brasil), ha creado un “condado” de indiscutida autonomía ficcional y ha fijado los hitos de una saga que recoge cien años largos de historia del país recentrada fuera del polo montevideano.

Pese a estos esfuerzos, cuyos ejemplos se multiplican en todos los países de América Latina, conflictos no dirimidos dividen y siguen a “provincianos” y “extranjerizantes”, la “capital-puerto” al “interior-campo”, arraigados a desarraigados, tradición a modernidad, cultura endógena a cultura exógena, periferia a metrópolis, celosos guardianes de la identidad a entusiastas transculturadores, puristas a mestizos, fronteras abiertas a fronteras cerradas.

Al hablar de literatura el signo ambivalente de la frontera se alza una vez más como metáfora de significación mucho más amplia que el límite geográfico que traza. Su sentido es referente obligado de toda creación. Por vivir sus contradicciones en carne propia, tal vez por ello, los creadores son quienes más conocen el exilio y es la escritura la que mejor refleja la frontera interior que divide la conciencia del escritor entre patria de origen y la condición de apátrida, la que se hace eco del desgarramiento que conlleva la expulsión fuera de fronteras. La frontera es vivida, entonces, como una laceración, una herida sobre la “piel” del mundo y sobre la propia, cuya cicatrización es siempre dolorosa. Su línea no se borrará nunca, por mucho que se lo pretenda, por mucho que lo proclamen tratados y acuerdos de integración política o económica.